



INTEGRACION DEL NIÑO SORDO EN LAS ESCUELAS

Para llegar a una mejor comprensión de los problemas que se presentan a los profesionales de la educación del lenguaje del niño sordo que están actualmente abocados en la tarea de integrar a estos niños en grupos de escolaridad normal, nos hemos acercado a conversar con doña María Victoria Secall, doctora en Psicología y doña Soffía Laso, psicólogo escolar, en el centro de reeducación en el que están llevando a cabo esta experiencia, centro que pertenece a la Coordinadora de la Educación Especial. Les hemos preguntado:

—¿En qué medida y cómo interviene el déficit auditivo en la adquisición del lenguaje y en la futura escolarización del niño sordo?

—La mayoría de los niños a los que se da el título de sordos, tienen pérdidas auditivas de 70 de., es decir corresponden a sordos graves, según la clasificación internacional de la sordera (GIAP) o a sordos profundos, con pérdidas de más de 90 de. Esta clasificación hace referencia a la intensidad de la pérdida. Es interesante también tener en cuenta, además, la calidad y morfología del resto auditivo, sea cual sea su intensidad. En general, las sorderas en las que se conservan restos auditivos, a cualquier intensidad, entre los 2.000 a 4.000 Hz tienen más posibilidades, con la debida prótesis, de un autocontrol de la voz y un mayor aprendizaje fonético.

Sin embargo el lenguaje, como comunicación, puede ser asumido tempranamente por cualquier tipo de sordo. Hoy en día la experiencia de centros, como la escuela Tarra de Milán o el psicopedagógico para la educación del deficiente sensorial de Barcelona, nos confirman que un niño sordo profundo, sin restos en la zona del habla, puede poseer y usar un lenguaje y estar integrado en la escuela de oyentes. Es por esto que el diagnóstico precoz de la sordera disminuye los efectos de la misma, porque posibilita la implantación de un lenguaje gradual y ordenadamente, aprovechando al máximo cada momento óptimo de maduración.

—¿En qué situación se encuentra el niño pequeño de cara a comunicarse y a poder adquirir el lenguaje de su medio?

—Esencialmente el niño pequeño con un déficit

auditivo importante carece de vehículo apropiado para comprender y adquirir el sistema de significaciones que su entorno social imprime a las palabras. Diríamos que el problema no es tanto el no poseer palabras-etiquetas, sino el de no poseer el lenguaje como relación. Entonces comprende el mundo de una manera directa y sectorializada y le es difícil asociar los elementos adquiridos a través de su experiencia personal a un sistema cultural generalizado. Ello no quiere decir que no sienta, como cualquier otro niño, desde los primeros meses de vida la necesidad de comunicarse. Lo que ocurre es que para que consiga padar desde la comunicación primaria —de naturaleza primera refleja, después adquirida, simbólica y gestual— el lenguaje oral, el niño debe darse cuenta de que las palabras que usan los que les rodean, sirven para comunicarse y que él necesita usarlas también. Y este tránsito a la necesidad de la palabra no se da en un medio institucional exclusivo para sordos, sino en un medio familiar y social propio y parlante, en el que la palabra es funcional y necesaria, es la forma habitual de la comunicación.

Para que el pequeño sordo comprenda que los movimientos de los labios de los que le rodean son significativos, estos deben ser el constante y normal vehículo de comunicación que llega hasta él. En suma la adquisición del lenguaje oral como comunicación y como sistema por parte del niño sordo, es una tarea que estamos implicados todos, padres profesionales y maestros de la educación especial y en definitiva la sociedad entera.

Normalmente se ha caído en el error de añadir a la privación sensorial

que supone la sordera, una carencia afectivos-comunicativa al dejar de dirigirse al niño en conversación, quitándole la posibilidad de experimentar la unión constante entre acción y verbalización, olvidando que puede acceder a la comprensión a través de otros canales sustitutivos como pueden ser la visión y toda la motricidad. A partir del lenguaje de los otros, nacerá, apoyado en un entrenamiento, y en sus propias capacidades, un lenguaje expresivo del propio niño, que emitido en un contexto parlante, le obligará a ejercitar la palabra como algo vivo y funcional y le hará llegar a una generalización, que desembocará en un lenguaje comprensivo-expresivo apto para llevar a cabo una integración en la sociedad, y no ser confinado a una marginación totalmente innecesaria.

Por esto es fundamental la inserción, lo más temprana posible, del niño sordo en el preescolar, entre los oyentes, momento especialmente importante para la buena marcha del proceso, ya que el lenguaje es muy funcional para ambos, sordos y oyentes, y se apoya en toda la motricidad global del niño.

—¿Qué posibilidades de integración ven ustedes, entonces, en el niño ya mayor que no ha sido iniciado en este proceso desde pequeño?

Este problema presenta varios aspectos interrelacionados. Con el niño mayor nos encontramos frente a un sistema de comunicación ya hecho, pero a menudo mal hecho, es decir una sintaxis muy desorganizada, un tono de voz viciado por años de haber deformado un sonido, un vocabulario muy pobre y otros aspectos que se hace necesario remodelar a fin de dar al niño la defensa esencial para su integración, un lenguaje expresivo suficientemente claro como para ser comprendido y una agilidad de lectura labial que le permita captar el significado de la palabra del medio hablante que la rodea. Refiriéndonos especialmente al lenguaje, las diferencias individuales juegan un papel muy importante en el resultado de la integración, puesto que estas diferencias determinan deficiencias en mayor o menor grado que se hace necesario tratar sectorialmente sin descuidar una globalización del lenguaje y principalmente incidiendo en la expresión espontánea del pensamiento en base a materiales y a dramatizaciones de situaciones comunes. La integración escolar en colegios de oyentes, de estos niños que han pasado bastantes años en centros especiales, es bastante difícil y les exige un esfuerzo considerable, por dos aspectos, por una parte, el nuevo profesor que tiene

ante sí a treinta niños que escuchan, deben concienciar constantemente que hay uno o dos niños que no le escuchan y por tanto, al dar su explicación, debe cuidar hablar de cara a estos niños y con un lenguaje simple y bien articulado, una exigencia de este tipo requiere un esfuerzo importante por parte del maestro, que a momentos le será difícil ya que la misma dinámica de la lección se lo impedirá, teniendo el niño que completar lo perdido de la explicación y estructurarlo a la medida de su pensamiento.

Por otra parte, está el contenido mismo de la lección, que de un colegio a otro se vuelve más complicado y en el que además de superar la forma tiene que empezar a adquirir significados hasta ahora desconocidos para él.

Tener conciencia de estos problemas, no impide de manera alguna que este proceso se de, es más, estamos actualmente llevando a cabo esta experiencia con dos niñas de trece años, que llevan ya uno y dos años de integración en un colegio de oyentes, aquí en Palma, con resultados muy satisfactorios. Paralela a su escolarización normal de EGB, realizan reeducación individualizada de lenguaje en este centro, cuentan con el apoyo de los profesionales de sus colegios, que aparte les

dan clases de repaso de las mismas lecciones de sus respectivos grados y finalmente y muy importante, tienen la constante dedicación de sus padres que van paso a paso, siguiendo este proceso y ayudándoles en el perfeccionamiento de su lenguaje espontáneo y en su comprensión labial.

Sólo queda decir que como en todo proceso de aprendizaje, el resultado depende también en gran medida de la personalidad del niño, de las experiencias que haya vivido y de como se hayan ido desarrollando sus capacidades mentales hasta el momento en que se inicia la integración.

—¿Qué posibilidades presenta la escuela para ayudar a asumir esta experiencia de integración?

Somos conscientes de que las posibilidades reales de la escuela actual, en general, no son las idóneas para llevar a cabo una experiencia generalizada de integración, pero esto, no sólo no debe desanimar sino que es un estímulo para defender la integración, ya que a pesar de las condiciones limitadas de la escuela, han funcionado magníficas experiencias en este sentido. De todas maneras sería deseable por parte de la escuela, un esfuerzo encaminado a disminuir sus contenidos verbalistas en favor del trabajo en equipo y la experimentación.

Y no sólo la escuela, creemos que también el hombre de la calle debe participar en esta problemática, teniendo para el sordo una comprensión no paternalista, sino de derecho, comprometiéndose a entender su lenguaje, a pesar de sus posibles interferencias y gratificándole con su respuesta comunicativa. En definitiva lo que debemos conseguir es hacer del sordo un hablante que escuche con los ojos.

La integración supone un esfuerzo no sólo para el niño sordo, sino principalmente para todos los componentes de la sociedad. Es mucho más cómodo segregar que integrar. De hecho esta ha sido la política seguida con todos los handicaps, tanto sociales como físicos y psíquicos, pero ello no quiere decir que sea lo mejor, sino lo más fácil.

